

Crónicas del Sur (II)

Poliomielitis y Sabotaje

por *Sebastián Salazar Bondy*

Si bien es cierto que cada vez es más improbable que el peronismo y menos aún Perón vuelvan al poder en la Argentina, no deja de ser evidente que en la clandestinidad actúa un grupo extremista, bien financiado, dispuesto a usar toda clase de métodos terroristas para crearle al gobierno de A-ramburu una situación conflictiva. Se han dado casos de trenes descarrilados o de familias enteras envenenadas por alimentos adrede adulterados, y ello ha contribuido a crear en Buenos Aires y en las provincias un sensible temor colectivo. La población excitada suele ver en cada desgracia la mano destructiva de los partidarios del dictador depuesto y en ciertos sectores no ha vacilado en atribuir a esa criminal campaña el último azote que ha soportado el país: la poliomiélitis.

Solidaridad Social

Como nunca antes, el terrible flagelo se presentó, en los recientes meses de estío, con caracteres epidémicos. Un promedio de cincuenta niños diarios ingresó a los hospitales de la Capital Federal, los cuales durante más de cuarenta días abarrotaron las camas de aquellos nosocomios, carentes, de otra parte, de los elementos terapéuticos indispensables para combatir la gigantesca plaga. Las disputas políticas, que antes de la aparición del brote alcanzaban un punto de suma algidez, encontraron una tregua. Al llamado del gobierno, desde el más modesto ciudadano hasta el pudiente y el acomodado entregaron donaciones que permitieran adquirir tanto la "gamma globulina", la única droga capaz de inmunizar en tiempos de epidemia a las inocentes víctimas de la polio, cuanto los pulmones de acero, que no obstante el derroche demagógico de Perón escaseaban en los principales centros médicos porteños. Y así lo que, si se acepta la tesis de algunos observadores —ya que circuló profusamente la conjetura de que los terroristas habían lanzado bacterias de polio en algunos barrios populares—, estaba destinado a dividir y confundir a las gentes, sirvió más bien para estimular la solidaridad social e infundir cohesión a todas las clases.

La idea de que la poliomiélitis fue provocada por los saboteadores no era descabellada. Podría haber sido considerada como una exageración si otros hechos no hubieran venido a confirmar que los peronistas a ultranza estaban dispuestos a aprovechar la presencia del mal como argumento político a favor de la causa del autócrata vencido. En una reunión distrital cierto médico sostuvo ante sus vecinos que la gravedad del brote no era cierta y que se trataba, en realidad, de una maniobra mañosa del Gobierno para desviar la atención de la opinión pública de los problemas del momento a una cuestión más candente y menos comprometedora. El Ministerio respectivo ante esta denuncia —que revelaba que la inescrupulosidad "justicialista" llegaba a extremos insospechables— emitió un comunicado invitando a dicho médico a comprobar la veracidad de los hechos y

la hizo extensiva a todos aquellos que alentaran alguna duda sobre tal asunto. Dicho médico no tardó en rectificarse a través de la prensa diciéndole que sus palabras habían sido mal interpretadas.

Mas fue otro suceso el que arraigó la convicción de que la parálisis infantil les resultaba a los peronistas un instrumento de agitación. La colecta pública hizo posible la adquisición de una veintena de pulmones de acero, fundamentales para atacar la dolencia en su mortal forma respiratoria. Ellos fueron distribuidos entre los hospitales dedicados a alojar a los enfermos, la mayoría niños, aunque no faltaron los casos en adultos y hasta ancianos. En un hospital central, cuatro de estos pulmotores fueron una noche inutilizados por saboteadores, que destruyeron los manómetros de las máquinas e impidieron que fueran aplicadas a los moribundos pacientes. Este acontecimiento exacerbó la indignación popular hasta el punto de que no dejó de decirse en voz alta que era necesaria una punición ejemplar, como el fusilamiento para evitar en el futuro acciones semejantes. La crueldad del delito puede medirse en toda su despiadada consecuencia si se piensa que en innumerables ocasiones facultativos y enfermeras se veían ante la situación de salvar a uno de cuatro enfermos por medio de un único pulmón disponible. "¿Qué criterio aplico —se decía un médico desesperado— para dar la vida a un pequeño y dejar morir al resto irremediadamente?"

Una Consigna que se Cumplió

Fuera provocada, como condenable expresión de una guerra civil bacteriológica, o fuera fortuita, la poliomiélitis logró unificar a la ciudadanía argentina en una cruzada humanitaria conmovedora. Las erogaciones públicas alcanzaron cifras millonarias y la acción comunal, a la que se entregaron individuos de las más distintas tendencias, demostraron que las divergencias estaban por debajo de los sentimientos de bien nacional. Era de ver a los vecinos de una misma calle hacer el lavado diario de la pista y las aceras, remangadas las camisas, portando los cubos de desinfectante, manejando la escoba y la manguera, juntos el modesto proletario —que quizá seis meses antes había perdido la cabeza de los "oligarcas"— y el empleado, el comerciante, el estudiante y el propietario. La higiene fue, entonces, una consigna que se cumplió sin defeciones.

Una lección quedó: los regímenes de grandes edificios, de obras suntuosas, de palabras falsamente emocionadas, de ostentaciones demagógicas, es decir, las dictaduras populistas, basadas en la adulación y la mentida acción social, tras de la cual se ocultan las malversaciones y los latrocinios más descomunales, olvidan el principal deber de todos los gobernantes de velar por la salud el bienestar y la dicha generales y permanentes. Gobernar es prevenir, y un gobierno que descuida a sus niños —peor aún si los llama "los únicos privilegiados"— es, para decirlo sin rodeos, un gobierno de criminales.